



MITO Y REALIDAD

Edison Terán

Por innumerables razones, a lo largo y ancho de la historia, el hombre se ha preocupado por cambiar su identidad, ocultando sus rasgos faciales detrás de una máscara. Aún más, la gente suele atribuir a estas artesanías la misteriosa virtud de convertirse en lo que representa. De ahí que, en la actualidad, un niño con sólo ponerse una careta plástica se siente dotado de los superpoderes de "Skeleton", el villano de una serie televisiva al igual que, en la antigüedad, los aztecas elaboraban máscaras de las calaveras de los jefes muertos para invocar sus mejores atributos.

Las máscaras además fueron instrumentos esenciales del antiguo teatro griego y romano y de las representaciones histriónicas de la cultura Jama Coaque (300 A.C. - 800 D.C), Ecuador. Las encontramos también en China y Japón de antaño, con raíces primitivas y misteriosas; en el Tíbet, invocando a la deidad; en los rituales de Java; en el Continente Africano por razones mágicas y animistas, y hoy en día, en las fiestas de "La Mama Negra", en Latacunga, Ecuador, con fines folclóricos y representativos.

Expresiones grupales y ceremoniales masivas inducen, en el tiempo y en el espacio, a la utilización prolífica de las máscaras unas veces rindiendo pleitesía y otras en son de sátira. Las hallamos en abundancia en culturas autóctonas de América, resurgiendo radiantes de su folclore y de sus artes populares; representando a la deidad, como es el caso de Tlaloc, el dios azteca de la lluvia, a personalidades como el "Shamán" o jefe de grupo de parcialidades indígenas del Ecuador, a espíritus malignos como los diablos de Oruro, en Bolivia o de Yare, en Venezuela, de animales sagrados, como en las máscaras ceremoniales y totens canadienses.

Para las personas del mundo industrializado, la máscara no pasa de ser un objeto divertido, pero para los pueblos ancestrales tiene trascendencia cultural, representando su sueño y pesadillas, sus mitos y realidades. Con ella y a través de ella: reza, danza, impreca, se enorgullece de su estirpe y se remonta a la región del más allá.

Ecuador, con una milenaria cultura y rica tradición, emerge en este ámbito, con un gran aporte que ha sido estudiado por folcloristas de la talla de Pablo Carvalho Neto, Vicente Mena y Eduardo Rodríguez Gallardo, entre otros, e instituciones como el Centro Interamericano de Artes Populares -CIDAP y el Instituto Andino de Artes Populares del Convenio Andrés Bello -IADAP, con sedes en Cuenca y Quito, respectivamente.

Parecería que la máscara, en la actualidad, ha perdido su significación sobrenatural, quedando relegada a la categoría de juguete u objeto de diversión carnavalesca, pero la procesión de las "Almas Santas" de Saquisilí, provincia de Cotopaxi prueba lo contrario al revivir, a través de ella, un "autosacramental" del ayer así como en el hecho folclórico de "La Mama Negra" que, anual y entusiastamente, se efectúa en Latacunga, el 24 de septiembre en veneración a la Virgen de las Mercedes.

Además de las máscaras, en éstas y otras representaciones folclóricas del Ecuador, los participantes lucen llamativos atuendos y se rigen por un complicado ceremonial y atractiva presentación, como: la de los "Corazas" de Otavalo; "El Diablo Huma", y "Los Aricuchicos" de las provincias de Pichincha e Imbabura; "Sisha" de los Salasacas de Tungurahua; "La Curiquina" en el Azuay, y el famoso "Carnaval de Guaranda".

Acompañados de un complejo ritual, con su evocación e historia propias, estas máscaras son manufacturadas por artesanos de cada región, quienes las integran en las artes populares del Ecuador con las más variadas formas fantasmagóricas que, a pesar de evidencias aculturizantes, mantienen vivas en el pueblo sus nobles tradiciones e inducen a que genios de talla mundial las incorporen en el teatro moderno.

En la Mitad del Mundo, las máscaras aún conceden al hombre del pueblo ecuatoriano, aunque sea por un corto tiempo el inconmensurable valor de convertirse en deidad o demonio y cambiar su mito en realidad.

En el país, la máscara no sólo es la careta del disfraz carnavalesco sino además la ambigüedad de lo oculto y lo tangible. De ahí que, a propósito de la convocatoria a un Concurso Exposición Nacional de Máscaras, auspiciado para 1988, por el IADAP y la Fundación Charles Darwin, el crítico Manuel Esteban Mejía sostenga que las máscaras "poseen sapiencias ignoradas, técnicas, desafíos y locuras que la luz sin sorpresas de lo cotidiano no mitiga ni aniquila".

Esto sucede en Ecuador de hoy día; es digno de admirarse.

